

## CAPÍTULO VIII

## NACIMIENTO DE LAS SOCIEDADES CATÓLICAS

TRISTE y lúgubre se presentaba el porvenir de la Iglesia católica y de la civilización cristiana en el momento en que se cerraba el siglo v. Caía la tarde de aquella jornada tempestuosa que había visto morir a un mundo. El estrépito de los tronos hundidos y de los pueblos precipitados unos sobre otros resonaba aún en los oídos de los contemporáneos; los espíritus estaban todavía llenos de las escenas de horror y de espanto que habían acompañado la agonía de la sociedad romana. Ningún rayo de luz brillaba sobre sus ruinas, y nada parecía anunciar nuevas auroras para la humanidad. A cualquier parte que se volviese la vista, sólo se veían nubes sombrías y una semiclaridad siniestra que se podía tomar como precursora de la noche eterna. Era una hora en que las almas más templadas y los ánimos más resueltos se sentían invadidos por la duda y el abatimiento. Se oía a confesores y doctores ilustres proclamar que se acercaba el fin del mundo, y apóstoles infatigables que arrojaban en medio de la tempestad las semillas de un gran porvenir anunciaban que el Anticristo había nacido ya <sup>1</sup>.

La lamentable situación de la Iglesia católica, sobre la que descansaban las únicas esperanzas de regeneración, parecía justificar a primera vista esas previsiones desoladoras. ¡Por qué amarga sucesión de pruebas y de desencantos había pasado desde el día en que, fiada en las palabras de Constantino, había salido del fondo de las catacumbas, radiante de juventud y de esperanzas, para sentarse en el trono imperial al lado de los dueños del mundo! Esta alianza gloriosa se había convertido para ella en una servidumbre llena de oprobio. Los déspotas de Bizancio se ingeniaban diariamente en forjarle nuevas cadenas, y no defendía su dignidad contra tales violencias más que a fuerza de dolorosos combates. En todo el Imperio de Oriente no había un lugar en que su oración pudiese subir hacia Dios sin sufrir el refrendo del César. Fomentadas y provocadas por

<sup>1</sup> SULPIT. SEVER., *Dialog.*, II, 14.

él, las herejías no cesaban de multiplicarse y destrozar la majestuosa unidad de que la Iglesia estaba tan orgullosa. Mutilada y cargada de cadenas, veía que los pueblos bárbaros, tan jóvenes, sustraídos a su influencia vivificante, se apartaban insensiblemente de ella, para volver a caer en el paganismo, del que apenas acababan de salir. Al poner la mano sobre el corazón de las naciones orientales, se sentía que se iban debilitando gradualmente los latidos de la vida cristiana.

El espectáculo del Occidente no era menos fúnebre. Aquí, por primera vez desde su existencia, el cristianismo tuvo que retroceder; sus fronteras, que en el siglo iv sobrepasaban las del Imperio, parecían haberse estrechado simultáneamente con él, pues el diluvio de la barbarie había anegado las cristiandades florecientes del Danubio y del Rin, ahogando todo vestigio de civilización. En vano hubiera buscado San Ireneo en las soledades desoladas de Germania un eco de aquellas voces que tres siglos antes le aportaban el testimonio de la fe católica de sus pueblos <sup>1</sup>. El Mosa y el Escalda habían vuelto a ser otra vez ríos paganos; el Támesis y el Humber sólo daban de beber a poblaciones entregadas a cultos idólatras; en el norte de la Galia y en la mayor parte de Bretaña los santuarios cristianos se iban convirtiendo en ruinas, la cruz de Jesucristo desaparecía bajo el martillo del dios Thor, y los vasos sagrados eran entregados como vil botín a la avidez grosera de los conquistadores <sup>2</sup>. En plena Liguria, aún había hacia mediados del siglo vii santuarios paganos en pie, y el que se atrevía a destruir uno de ellos corría el peligro de morir a manos de los paganos que los visitaban <sup>3</sup>.

En el resto del mundo el arrianismo triunfaba con insolencia y crueldad. En España, Galia, Italia y África, la Iglesia gemía bajo el cetro de hierro de aquella secta impía, animada de fanático espíritu de proselitismo, y que no conocía otro medio de persecución que la fuerza bruta. En medio de poblaciones enteramente católicas, las sedes episcopales estaban vacantes; las parroquias, viudas de sus pastores, veían abandonadas sus iglesias; la maleza y los abrojos cerraban la puerta de los santuarios y los rebaños pacían entre sus escombros <sup>4</sup>. En ninguna parte se encontraba un pueblo católico que fuese libre o que, al menos, dispusiese de su porvenir. La Galia central disputaba en vano su independencia a los bárbaros del Escalda; los bretones cedían continuamente terreno a los invasores que les habían arrebatado ya dos tercios de su suelo natal. Hasta a los irlan-

<sup>1</sup> S. IREN., *Adv. haer.*, I, 10, 2.

<sup>2</sup> *Vita S. Vedasti*, c. 6; GREG. TUR., *Hist. eccl. Franc.*, II, 27; BEDA, *Hist.*

*eccl. Angl.*, I, 15.

<sup>3</sup> JONAS, *Vita Bertulfi*, c. 16.

<sup>4</sup> SID. APOLL., *Epist.*, VII, 5.

deses, a quienes el mar había protegido en la conservación de su independencia, parecía separarlos ahora del resto de la cristiandad y amenazaba con aislarlos totalmente encerrándolos en sus prejuicios nacionales. Parecía, pues, que la fe católica estuviese destinada a ser perpetuamente una religión de vencidos, una doctrina de esclavos. Al verla ahogada, por así decir, entre Bizancio y el arrianismo, se hubiese dicho que estaba condenada a desaparecer muy pronto para entregar irremisiblemente el mundo a estos dos funestos agentes de destrucción.

En momento tan solemne resonó a través de Europa una noticia extraordinaria. Clodoveo, rey de los francos salios, acababa de convertirse al catolicismo, y una gran parte de su pueblo había bajado con él a las aguas bautismales en Reims. Tal acontecimiento, por modestas que fuesen sus proporciones, tenía todos los caracteres de una revolución histórica; parecía como si la mano de la Providencia hubiera salido de entre las nubes para cambiar bruscamente la marcha de la historia, apartándola de la dirección en que iba y encaminándola por senderos nuevos.

En efecto, era bien hermosa la conquista que acababa de hacer la Iglesia romana. Como si hubiese estado en reserva para alguna misión ignorada, el pueblo franco había quedado a retaguardia durante el período de las invasiones, y a tal circunstancia había debido el no haberse corrompido con las costumbres romanas ni contaminado con el arrianismo. Extraño a las influencias de la cultura antigua, la había exterminado en las provincias belgas que fueron su primer asiento nacional, y después de haberlo barrido todo ante él, iba al encuentro de sus destinos con el brío y vigor de una infancia robusta. Se componía de dos grupos, uno de los cuales, el de los ripuarios, se extendía desde Maguncia a Colonia y del Weser al Mosa, mientras que el otro, el de los salios, partiendo de las bajas llanuras de Holanda y de la Campina, llegaba hasta el Escalda y el Somma, desde donde se le abrían nuevas perspectivas de conquista. Turnai, Cambrai, Soissons y París habían marcado las etapas de este pueblo en su marcha victoriosa hacia la Galia; acababa de apoderarse de ésta hasta el Loira y de sentar las bases de un imperio septentrional, cuyo porvenir nadie hubiera podido adivinar entonces.

Su entrada en la familia cristiana no era ya más que cuestión de tiempo; pero todo hacía temer que, a ejemplo de los otros pueblos germánicos, abrazase la religión arriana, que era la de los vencedores, fijando para siempre el triunfo de ella en Occidente. Ya tenía acceso allí el arrianismo; hasta había penetrado en la familia de

Clodoveo, y esperaba tener en la hermana de este príncipe una conquista aún más preciosa. Pero Clodoveo frustró las esperanzas de los unos y los temores de los otros, inclinando su cabeza bajo la mano de un obispo católico. Fué un día espléndido para el porvenir de la Galia, de la Iglesia, de la humanidad entera, aquel en que, vestidos con la blanca túnica de los neófitos, el rey de los francos y tres mil guerreros de su pueblo pasaron por primera vez, en medio de tapices, flores y perfumes, bajo las bóvedas augustas de la catedral de Reims<sup>1</sup>.

La Iglesia cosechaba en este día el fruto de los trabajos de su episcopado, que desde hacía largo tiempo tenía fijo su anhelo en la nación franca y se la disputaba a la influencia arriana. Como los demás bárbaros, los francos estaban subyugados por la majestad de aquellos semidioses de las ciudades galas, protectores de los pueblos y árbitros del cielo. Las relaciones amistosas entre sus reyes y los obispos se remontaban hasta Childerico, y la belleza de la religión católica, cuyas pompas y beneficios les rodeaban por todas partes, había herido desde mucho tiempo atrás sus imaginaciones y enternecido sus corazones. A estos móviles diversos, que en el día decisivo pesaron sobre la voluntad de Clodoveo, se había añadido la influencia de quien siempre ha sido aliado de la Iglesia en la conquista de los pueblos: una mujer cristiana. La gracia hizo el resto, y Tolbiac completó la obra de Clotilde y de San Remigio.

Inmenso fué el efecto producido por la conversión de los francos; del seno de la sociedad católica se levantó un grito de alborozo; desde los hermosos días de Teodosio no se habían visto triunfos tan gozosos, y los grados más elevados de la jerarquía sacerdotal respondieron a la buena noticia con aclamaciones entusiastas. San Avito, haciéndose en tal circunstancia órgano de todo el episcopado galo, veía ya la causa de la Iglesia íntimamente ligada a la del neófito coronado, saludaba en su pueblo la espada de Dios y, en nombre de la Providencia, le trazaba el programa de su misión civilizadora. La historia había de dar brillante confirmación a aquellos presentimientos proféticos de un gran espíritu, que parecía haber visto desarrollarse ante sus ojos el cuadro del porvenir y que lo contó anticipadamente en un documento inmortal<sup>2</sup>.

Mientras llegaba el día en que el pueblo franco pudiera realizar las esperanzas de su Iglesia, iba recogiendo la recompensa de la adhesión que le mostraba. Con el beneficio de la fe había encontrado en

<sup>1</sup> GREG. TUR., *Hist. eccl. Franc.*, II, 31.      <sup>2</sup> S. AVIT., *Epist.*, 41.

el baptisterio de Reims la corona de toda la Galia; en cuanto hubo en este país una potencia católica, se vió inclinarse hacia ella a los corazones de todos aquellos provincianos, que sufrían con impaciencia el yugo de sus señores arrianos. En las regiones dominadas por los burgundios y los visigodos, las poblaciones católicas saludaron con júbilo los progresos de los francos, en quienes veían ya a sus futuros libertadores; sus aspiraciones religiosas y patrióticas, contenidas tanto tiempo sin esperanza, se manifestaban ahora que el alborar de la emancipación aparecía en el horizonte.

Nada más natural y legítimo que la expresión, a veces imprudente, de estos sentimientos. Así lo manifestaban los propios prelados católicos, y más de uno de ellos, como San Quintiano de Rodez o San Aprúnculo de Langres, tuvo que huir de su diócesis porque se le sospechaba partidario de los francos. Pero nada podía enfriar el entusiasmo popular por los libertadores; volvió a verse aquí lo que había sucedido en África y en Italia a la llegada de Belisario, cuando el mismo suelo, por así decir, se volvió contra sus dueños arrianos. Clodoveo fué el Belisario de la Galia: ésta olvidó al bárbaro para no ver más que al católico, que mediante el bautismo se había convertido en compatriota de los romanos.

El astuto conquistador comprendió perfectamente el partido que podía sacar de tal situación: ya hemos visto que supo dar a sus expediciones contra sus rivales arrianos el carácter de verdaderas guerras santas.

Las cruzadas no debieron ejercer sobre la imaginación de los hombres del siglo XI un efecto mayor que el que produjo en los contemporáneos de Clodoveo la guerra contra los visigodos, cuya narración toma en la pluma de Gregorio de Tours los tintes poéticos de la epopeya. Impulsado por el entusiasmo de los suyos, y esperado impacientemente por los pueblos a cuya conquista marchaba, Clodoveo no hizo más que aparecer para vencer. De un solo golpe arrebató a los visigodos las magníficas provincias que se extienden del Loira a los Pirineos, y, rechazándolos al otro lado de esta cadena montañosa, les cerró definitivamente el acceso a la Europa central. La guerra contra los burgundios no tuvo carácter tan fulminante; sin embargo, los redujo en seguida a vasallaje, dejándoles sólo una existencia precaria y humillada, a la cual habían de poner fin muy pronto los hijos de Clodoveo por una conquista definitiva.

Ya había éste absorbido antes las otras monarquías que compartían la dominación de los francos salios: las de Tongres y Cambrai<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> G. KURTH, *Clovis*, 2ª edic., tomo I, págs. 266-77.

Después de su campaña de Aquitania, los ripuarios de Colonia, cediendo al prestigio de sus victorias y sus talentos, lo escogieron espontáneamente como soberano. La sumisión de los alamanes y de los turingios coronó esta serie de rápidas conquistas; y estos pueblos orgullosos, poco ha iguales, o aun superiores a los francos, no fueron ya en adelante más que católicos que gravitaban en torno a aquella nación radiante de los francos<sup>1</sup>.

El feliz Clodoveo se veía, al cabo de algunos años de combates, a la cabeza de la monarquía más compacta y más poderosa del mundo civilizado. Hundía ésta sus raíces en las entrañas del suelo germánico, de donde sacaba los jugos alimenticios de su vigor guerrero, y extendiéndose por las comarcas más hermosas de la Europa occidental, llegaba en sus extremos hasta los Pirineos y los Alpes, de los cuales hacía sus fronteras naturales y baluartes inmutables. La corte de Bizancio comprendió muy pronto la significación que acababa de adquirir esta nueva nacionalidad: entró en relaciones con ella y, conforme a las tradiciones artificiosas de su diplomacia, intentó convertirla en instrumento de su política de exterminio con relación a los otros bárbaros. Clodoveo fué colmado de adulaciones y caricias, y hasta tuvo la satisfacción de adornarse en público con las insignias consulares; pero estos juguetes, con que los astutos políticos de Constantinopla se complacían en engañar la vanidad de los bárbaros, no turbaron su razón, fría y tranquila, y Bizancio no logró nada de él. Puede decirse sin exageración que su actitud y la de sus sucesores frente a las maquinaciones bizantinas constituyen una victoria de clase bien distinta ganada también por el pueblo franco, tan invencible en el terreno de la diplomacia como en el de la guerra a mano armada.

En vez de convertirse en instrumento del Oriente, Clodoveo prefirió quedarse de árbitro en Occidente. Teodorico el Grande debió ver con dolor que se levantaba frente a él una potencia con la que no podía, y que, despreciando sus amenazas, declaraba atrevidamente la guerra a sus amigos de España, y a su misma vista venía a arrebatarse las partes más hermosas de la herencia de su nieto. Es cierto que, en lo que se refiere al talento, y aún más al carácter, la comparación entre Teodorico y Clodoveo está lejos de resultar en perjuicio de aquél; pero las cualidades personales de los hombres, por eminentes que ellos sean, pesan poco en los grandes movimientos que arrastran a las sociedades. La orientación de la política de estos dos jefes de Estado les llevaba en direcciones opuestas; el ideal de

<sup>1</sup> GREG. TUR., *Hist. eccl. Franc.*, II, 27-43.

aquél se hallaba en el pasado romano, cuyas cenizas intentaba reanimar; en cambio, éste tenía sobre su rival la ventaja incontestable de haber adivinado, al menos, presentido, el porvenir, y de haberse adherido sin reserva a la causa que le encerraba en su seno. La Iglesia católica, cuyo campeón era, comunicaba a todas sus obras una buena parte de su fuerza y de su duración, y agrupaba a su alrededor los elementos de éxito que los monarcas arrianos dejaban escapar de sus manos. Tal era el precio magnífico con que ella pagaba la fidelidad del pueblo franco. Prosternando ante sus pasos a todos sus enemigos, hacía de él el pueblo imperial llamado a recoger la herencia de Roma y a presidir, de acuerdo con ella, los destinos de la civilización europea.

Aún no había transcurrido un siglo desde la conversión de los francos cuando Europa aplaudía la entrada de un nuevo pueblo en la familia católica. La historia de la conversión de los anglosajones constituye dentro de los sangrientos anales del siglo VI uno de esos idilios encantadores que el genio de la Iglesia parece haber sembrado en la uniforme tragedia de los destinos humanos, para dejar penetrar en ellos un rayo de gozo celestial. La barbarie de los anglosajones no era menos ruda que la de sus congéneres, y las circunstancias en que se habían establecido en Bretaña no habían hecho más que exagerar los rasgos de su carácter nacional. Acostumbrados desde largo tiempo atrás a saquear aquel país, se habían aprovechado de los disturbios que siguieron a la marcha de los romanos para hacerse dueños de él.

Se sabe lo que fué esta conquista, que no dejó sobrevivir nada de la civilización romana: ni el culto, ni la lengua, ni las instituciones, ni las costumbres. La barbarie de las márgenes del Elba fué trasplantada íntegramente en el suelo de Bretaña; en todas partes donde se establecieron los invasores fué exterminada la población indígena, o sus raros vestigios quedaron reducidos a la más dura servidumbre<sup>1</sup>. Así es como Bretaña se veía borrada poco a poco del mapa del mundo civilizado. Ocho reinos germánicos se instalaron sobre aquellas razas romanas, marcando las etapas de la conquista con las fechas sucesivas que la historia o la leyenda asigna a su fundación; después del de los jutos en el país de Kent, los sajones fundaron los de Sussex, Wessex y Essex en las provincias meridionales de la isla; un poco más tarde surgieron en el Norte los reinos de los anglos: el de Estanglia, el de Nortumbria, dividido frecuentemente en

<sup>1</sup> En los códigos anglosajones el nombre de bretón (*Wealh*) se emplea para designar al esclavo.

los de Bernicia y Deiria, y, finalmente, en el centro de la isla, el de Mercia.

Sin embargo, las poblaciones célticas resistían con la energía de la desesperación; aunque demasiado divididas para aplastar al enemigo común, tenían valor y patriotismo bastante para disputarle caramente la victoria. Más de un siglo después de Hengisto y Horsa, los conquistadores ganaban aún palmo a palmo el centro de Bretaña a sus primeros habitantes. Pero la lucha era desigual; a pesar de algunas victorias parciales que no hacían más que detener los progresos de la invasión, los bretones continuaban retrocediendo ante sus enemigos, y el terreno que perdían, lo perdían para siempre. Penetrando hasta la médula del viejo tronco céltico, el hacha de los sajones lo dividía en dos trozos que nunca habían ya de reunirse.

Una parte de los vencidos, desesperando del porvenir de la patria, huía más allá del mar, y se establecía con sus mismas tradiciones y costumbres en las landas y riberas de la Armórica. El resto de la nación, rechazado de día en día por el progreso irresistible de la conquista, acababa por encontrar refugio en las penínsulas occidentales de Bretaña, en donde las montañas gaélicas conservan aún hoy el tipo y la lengua de los antiguos bretones<sup>1</sup>. Habían llevado allí, con sus odios irreconciliables contra los sajones, las esperanzas más fabulosas de desquite nacional. El nombre de Arturo, uno de sus reyes, parece haber dado, desde el día siguiente al de su muerte, un punto de cita a las imaginaciones febriles de aquella raza infortunada que se consolaba de los sufrimientos del presente con las mágicas visiones del porvenir con que la arrullaban sus adivinos y sus bardos.

Entre tanto, aislada del mundo cristiano y descarriada por el encarnizamiento de una lucha furiosa, perdía poco a poco su imperio sobre sí misma y volvía inmediatamente a su barbarie nativa; en sus retiros silvestres, en donde no pensaba más que en defender su nacionalidad, dejó agotarse las fuentes de la cultura romana y oscurecerse el brillo de la antorcha del Evangelio. El odio a los sajones había llegado a ser la única pasión de los celtas de Bretaña y ahogó en ellos la voz de la caridad cristiana que les mostraba como hermanos a sus propios enemigos. Descarriados por las sugerencias del patriotismo ulcerado, rehusaron comunicar a sus vencedores la doctrina de la salvación; ni un misionero salió de entre ellos para ir con la cruz en la mano a intentar la reconciliación de las dos

<sup>1</sup> GILDAS, *De excid. Brit.*, 1, 2 y 25; EINHARD, *Annal.*, a. 786.

razas en nombre de la fraternidad universal; ni un obispo bretón intentó hacer cerca de los reyes hijos de Wodan aquel papel de educador que San Remigio había desempeñado de modo tan glorioso entre los francos; no comprendieron que, sometiendo a la ley del Evangelio a gentes que no podían dominar por las armas, les arrancaban aquel aguijón de barbarie que hacía tanto daño a su propio pueblo; no supieron ver que los anglosajones, convertidos al cristianismo, se trocarían en vecinos soportables y aun quizá en amigos de la raza bretona.

Por lo demás, tal situación no era menos funesta para los vencedores que para los vencidos. Los reinos anglosajones estaban tan desunidos como lo habían estado los bretones; reñían entre sí sangrientos combates para quitarse unos a otros la hegemonía; y los mercados de esclavos del continente se poblaban con las tristes víctimas de sus disensiones. En una palabra, la noche de la barbarie iba extendiéndose sobre esta amplia isla de Bretaña, que parecía perdida definitivamente para la civilización.

Y ahora interviene uno de esos episodios aparentemente insignificantes, pero cuyos resultados son tan a propósito para confundir los cálculos y las previsiones del espíritu humano. A fines del siglo vi había en un convento de Roma un monje que se había encerrado desde su juventud en un retiro más allá de cuyos muros no se sabía su nombre y en donde los ruidos del mundo no llegaban a él; pasando un día este monje por el mercado de esclavos de la Ciudad Eterna, quedó impresionado al ver unos jóvenes cautivos cuyos cabellos rubios y ojos azules acusaban su origen septentrional; se interesó por aquellos pobres hijos del Norte; preguntó por su patria, y se le dijo que eran anglos. "Es preciso que se conviertan en ángeles", respondió con piadoso entusiasmo. Esta frase de un monje romano devolvió nueva vida a la civilización inglesa: la historia no ha oído muchas tan generosas y tan fecundas como ella. Desde este día, Gregorio (que así se llamaba el monje) concibió el proyecto de dedicarse a la salvación de la raza anglosajona; pero ¿qué podía hacer en semejante empresa un pobre asceta que no disponía ni aun de su propia voluntad? Una voluntad superior lo resolvió todo. Un día el monje se vió elevado al trono papal, y entonces el sueño acariciado durante tanto tiempo pudo convertirse en realidad. Obedeciendo a sus órdenes, Agustín, un religioso de su convento, a la cabeza de cuarenta misioneros que pertenecían como él a la familia de San Benito, se puso en camino para ir a reconquistar, sin armas y en nom-

bre de una Roma nueva, la isla que había sido la primera pérdida llorada por el Imperio <sup>1</sup>.

Es fácil imaginarse la angustia que hubo de experimentar la humilde caravana, salida en el 596 del riente oasis monástico del monte Coelius, cuando se despidió del hermoso cielo de Roma y de los recuerdos ilustres de la Antigüedad para ir a hundirse en las brumas del Norte, entre pueblos feroces cuya lengua ignoraba y que derramaban la sangre cristiana en los altares de sus dioses; más de una vez les faltó ánimo a los misioneros: fué preciso que el Papa interviniese, que los reanimase, los llevase de nuevo al asalto como a soldados novicios y les allanase los obstáculos del camino recomendándolos a los reyes y a los obispos de los países por donde pasaban, hasta que por fin, en el año 597, abordaron a las playas de Kent, en el mismo sitio en que, siglo y medio antes que ellos, habían desembarcado, según la leyenda, los feroces conquistadores cuya conquista iban ellos a emprender ahora <sup>2</sup>.

También esta vez una esposa cristiana había preparado los caminos del Evangelio en el corazón del rey Etelberto; éste, que fué el primer neófito de aquella Iglesia, se transformó en auxiliar suyo para la conversión de todo su pueblo. La ausencia de unidad política entre los anglosajones era para los misioneros un obstáculo que no había encontrado la evangelización de los francos, por lo que fué necesario ganar sucesivamente cada uno de los ocho reinos. Pero la raza grave y reflexiva de los anglosajones se hallaba dotada de un sentido religioso que la predisponía a recibir la doctrina cristiana. En lugar de acogerla con las brutales explosiones del fanatismo pagano, examinó madura y solemnemente en reuniones públicas lo que convenía contestar a los enviados del Papa. Espectáculo grandioso el de aquellas asambleas reunidas en torno a la cuna de la nación inglesa para deliberar acerca del culto de Dios y de las cosas de la eternidad.

Toda la belleza de aquella noble excursión del alma de un pueblo en busca de la verdad se resume en la historia de Edwin, rey de Nortumbria, aquel melancólico Hamlet bárbaro curado por el Evangelio. Un espíritu inclinado naturalmente hacia el bien y la verdad, una mujer cristiana, y una vida sembrada de pruebas que le habían enseñado a buscar más arriba de este mundo la satisfacción de sus mejores instintos... todo se reunía para llevar hasta el umbral de la Iglesia a aquel corazón presa de las tempestades; pero su voluntad

<sup>1</sup> BEDA, *Hist. eccl. Angl.*, I, 23-25.

<sup>2</sup> S. GREG. Magn. *Epist.*, VI, 51-54, 57-59.